



Raymond Angelo Belliotti, *Power. Oppression, Subservience, and Resistance*, SUNY Press, New York, 2016. 274 páginas. ISBN13: 978-1-4384-5956-1.

Tradicionalmente, la historia de la filosofía ha sido presentada por las grandes corrientes historiográficas como la historia de la pregunta por el saber. Desde el ya lejano poema de Parménides de Elea (*ca.* s. VI a. e. c. - s. V a. e. c.) hasta las últimas obras de Jürgen Habermas, la entera historia del pensamiento filosófico ha sido concebida como el intento de responder al enigma de cómo los seres humanos son capaces de conocerse a sí mismos y el mundo en el que viven.

En el desarrollo de esa pregunta ya ha estado implícita, sin embargo, una antropología muy determinada, forjada ya desde el principio de la propia actividad filosófica y que ha continuado casi de forma sorprendentemente homogénea durante siglos y siglos. La supervivencia del pensamiento occidental ha estado determinada de este modo por una forma muy concreta de entender qué es ese tipo de ser vivo que es el ser humano y cómo funciona.

Esta antropología ha afirmado, de forma más o menos implícita, la caracterización del ser humano como un ser vivo cuya principal función es la del conocer, es decir, cuyo aspecto más importante en su comportamiento es que conoce, ya sea a su propia naturaleza así como todo lo que está a su alrededor. De este modo, se construyó una especie de equiparación histórica entre conocimiento, antropología y filosofía que llegó a solidificarse de tal forma que consiguió mostrarse como una afirmación metafísica.

Sin embargo, ya desde el mismo comienzo de las preguntas filosóficas, el pensamiento humano y su capacidad de interrogación se ocupó de muchos otros temas que eran, a veces, mucho más importantes para la vida humana desde un punto de vista estrictamente práctico.

Una de estas cuestiones fue la del poder. Si la pregunta por el conocimiento se interrogaba desde un esquema que podría reducirse al de sujeto-objeto, tal y como determinaría de la forma más desarrollada el idealismo alemán del siglo diecinueve, la cuestión del poder surgió desde otra perspectiva. En esta esfera de conocimiento, lo importante ya no es aquello que está más allá del sujeto y que este necesita conocer debido a una cierta inclinación natural. Aquí, más bien, la pregunta surge de la necesidad por poner el pensamiento al servicio de la posibilidad de producir una vida social armoniosa, buena, es decir, aquello que los antiguos llamaron *una vida virtuosa*.

Por eso, la cuestión del poder parte de aquel esquema que entiende que el sujeto es siempre un individuo que está siempre en algún tipo de relación con otras entidades, ya sean estas otros individuos o instituciones, ideas, etc.

De este modo, la entera historia de la filosofía podría entenderse desde esta perspectiva diferente, en la cual el conjunto de los temas a los que se reduce su historia pueden ser orientados hacia la pregunta práctica por el conjunto de fuerzas en las que

está inserta toda entidad que forma parte del mundo, ya sean individuos, animales, ideas, instituciones, etc.

Precisamente, construir una historia del pensamiento que dé cuenta de esta perspectiva y que haga abrir una nueva dimensión propia desde una posición mucho más práctica, histórica y materialista es lo que hace *Power* de Raymond Belliotti.

Como no puede ser de otra forma, toda investigación sobre un concepto determinado tiene que empezar por su propia definición. Este queda caracterizado como “la capacidad de producir o contribuir a resultados” (p. 11)¹. Pero la definición no se queda ahí. Uno de los aspectos más valiosos de esta forma de entender el problema del poder es la distinción que se sitúa ya desde el principio entre “poder-sobre” (*power over*) y “poder-para” (*power to*).

Ya sea en relación a la cuestión de la resistencia del poder, entendiendo que no todo ejercicio del poder implica una resistencia (pp. 13-14), o en relación al marxismo como una teoría social en la que la cuestión del poder tiene una especial importancia (pp. 16-17), o en la conexión entre interés y poder (pp. 18-21), queda muy bien definido desde el primer momento como una *relación*.

Más en concreto, este modo relacional del poder queda delimitado por los tres usos en los que se puede entender el “poder-sobre”: la *opresión*, entendiendo por esta el concepto intuitivo del poder en el que hay una relación de asimetría y de resistencia del ejercicio del poder (pp. 29-30); el *paternalismo* como aquel modo de poder en el que se entiende que hay una jerarquía social en la cual hay una esfera de la población que no es capaz de saber exactamente lo que mejor les conviene en cada momento (pp. 30-32); y el *empoderamiento*, es decir, ese proceso por el cual una capa social, mantenida hasta ese momento en una minoría de edad forzada, es capaz de conseguir las herramientas necesarias para poder gobernarse a sí misma (pp. 32-33).

Desde el punto de vista analítico, esta primera parte de la definición es realmente importante por dos motivos. Por un parte, porque establece el conjunto de relaciones que se desprenden del mismo concepto del poder, es decir, desarrolla todas las posibilidades hacia las que apunta ese concepto. Además, sirve para poder establecer la historia de ese concepto en la propia historia de la filosofía. Sin ella, dicho relato tendría una apariencia excesivamente casual. De este modo, la historia que viene a continuación parece estar trazada por la forma en la que queda definido el concepto desde el principio.

El único problema con este momento analítico es, precisamente, la deficiencia que tiene todo momento previo del pensamiento, es decir, su aspecto demasiado formalista. Es una constante en la historia del pensamiento, por lo menos dentro de la tradición canónica del pensamiento occidental, entender que es no solo posible sino necesario situarse en un momento previo a toda experiencia empírica e histórica en la que se despliegan los conceptos. Este momento formalista explicitaría la estructura inamovible en la que se insertan todos los fenómenos históricos; dicho de otro modo, el momento formalista es aquel en el que se limpia el concepto de los residuos de la historia para dejarlo en sus huesos.

Sin embargo, y como bien han venido demostrando otras formas de entender el pensamiento filosófico, especialmente el de Karl Marx (1818-1883), no existe una estructura semejante salvo cometiendo la pequeña trampa de despojarla de materialidad. La única forma de establecer una definición definitiva de un concepto es

¹ “[P]ower is the capability to produce or contribute to the production of outcomes”. Énfasis en el original.

alejándola de aquello que, precisamente, le da su valor y su significado. Por esta misma razón, el momento analítico-formalista previo en el que se pretende llegar a las definiciones puras no es más que una gran trampa para un pensamiento en el que la historicidad, la materialidad, incluso la contextualidad lo son todo.

Justo esta visión más o menos metafísica de entender el modo en el que separar la historia efectiva de los conceptos de su definición pura determina no solo la historia del concepto que se presenta a continuación sino, lo que es más importante, la selección de sus momentos clave.

No es casualidad que se trace una línea de continuidad entre Trasímaco (*ca.* 459 a. e. c. - *ca.* 400 a. e. c.) (pp. 37-47); Niccolò Machiavelli (1469-1527) (pp. 49-69); Friedrich Nietzsche (1844-1900) (pp. 71-93); el estoicismo (pp. 97-116); Georg W. F. Hegel (1770-1831) (pp. 117-129); Karl Marx (1818-1883) y Antonio Gramsci (1891-1937) (pp. 131-149); Michel Foucault (1926-1984) (pp. 154-174); y Jürgen Habermas (pp. 175-195). Esta selección de autores, que cada uno de ellos se corresponde a un capítulo del libro, es consecuencia necesaria de la forma de entender la presentación de la historia de los conceptos desde el punto de vista ya mencionado, es decir, desde la necesidad de presentar sus desarrollos de forma pura y ahistórica.

Dejando a un lado la exposición impecable de cada autor, los cuales son presentados con un gran rigor y complejizando las posiciones de cada uno, además de sus problemas internos, lo que es más interesante no es la exposición en sí de cada uno de ellos. Precisamente, lo más sugerente es la propia exposición en forma de autores.

Desde el estándar académico canónico la exposición es absolutamente irreprochable. Tal vez, solo se podrían echar en falta dos ausencias: a Carl Schmitt (1889-1985), uno de los teóricos de la cuestión del poder más importantes del siglo veinte, especialmente en relación a la cuestión de la estructura amigo-enemigo aplicada al campo de la política. Y, por otro lado, a Thomas Hobbes (1588-1679), que podría considerarse no solo el padre de la antropología (negativa) moderna sino también el fundador de los sistemas políticos modernos.

Pero, ¿no existe una relación directa entre el momento inaugural analítico y formalista de presentar el concepto de poder y su desarrollo en forma de autores, los cuales, por otro lado, no dejan de pertenecer a esa misma historia del pensamiento occidental en la cual lo formal tiene un componente tan marcado?

¿Qué pasaría si, en vez de partir de dicha necesidad de explicitar el posible significado del concepto de poder más allá de la propia materialización histórica, se hubiera partido de un concepto como el de Marx, en el cual no existe una proposición teórica fuera de su marco práctico? ¿Qué hubiera pasado si la historia del concepto de poder se hubiera entendido como la historia del uso que, en cada momento histórico, se ha dado a dicho concepto?

Probablemente, la historia que se hubiera desprendido de ahí hubiera sido diferente. En primer lugar, ¿por qué reducirla a la historia de un hilo que va de autor en autor, como si toda la historia del pensamiento fuera exclusivamente una respuesta de un pensador determinado a los escritos de otro pensador anterior? Esta forma de presentar la historia del pensamiento parece entender que la reflexión filosófica es, simplemente, una cuestión de especialistas.

Una forma alternativa de presentar el concepto de poder y sus desarrollos históricos podría tomar muchos marcos diferentes, adoptando como referencia, por ejemplo, aquellos momentos históricos en los que se produce un cambio de paradigma: los acontecimientos que llevaron de la Edad Media al Renacimiento, el

paso de las sociedades agrarias al nacimiento de la Revolución Industrial y del capitalismo, etc.

En definitiva, la historia que se presenta aquí de la cuestión del poder es impecable desde el punto de vista canónico del formalismo como momento previo a todo pensamiento situado, materialista e histórico. Sin embargo, el problema que se presenta es si, todavía, dicha forma de afrontar los problemas teóricos y prácticos sigue ofreciendo buenas respuestas o si, por el contrario, no lleva más que a nuevos y fascinantes callejones sin salida.

Cristopher Morales
Investigador independiente
cmoralbon@gmail.com